

Prácticas ecosóficas, semiocapitalismo y mediamutación: 'por qué decimos algo y no más bien nada.'

Camilo Enrique Rios Rozo.

Cita:

Camilo Enrique Rios Rozo (2015). *Prácticas ecosóficas, semiocapitalismo y mediamutación: 'por qué decimos algo y no más bien nada.'* XI Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-061/989>

Prácticas ecosóficas, semiocapitalismo y mediamutación: ‘por qué decimos algo y no más bien nada’

Camilo Rios – UBA, IDAES-CONICET. [cerrsociologicus@gmail.com]

Resumen

En la relación entre los medios de comunicación, la digitalización del vínculo social y las nuevas generaciones, las aguas se dividen entre posturas prometéticas y fáusticas, siguiendo a Sibilia. Revisitaré ese territorio de discusión, pero para proponer un diálogo entre tres pensadores de importancia más bien secundaria en el área. Si bien existen conexiones de orden bibliográfico y biográfico entre algunos de ellos, no suelen ser convocados en el momento de discutir esto, pues además, no constituye el grueso de sus intereses. Me refiero a Peter Sloterdijk, Félix Guattari y ‘Bifo’. Para producir este diálogo, me referiré especialmente a tres textos: 1) la última parte de la entrevista que el alemán dio a Carlos Oliveira; 2) la última parte de la quinta bifurcación del libro del italiano; y 3) un artículo del francés, aparecido muy próximo su muerte. El propósito de este diálogo –en el que participan también en segunda línea Sibilia, Fukuyama y otros– es, por un lado, reponer algunos elementos conceptuales que puedan contribuir a pensar la cuestión desmarcándose de las posiciones marcadas arriba; y por otro, resaltar la potencia de estos atisbos en términos de nuestro propio diagnóstico ético y político del presente.

Palabras clave: ecosofía, semiocapitalismo, mediamutación, medios de comunicación, nuevas tecnologías.

Lo que garantiza la transparencia no es la soledad mediante el aislamiento, sino la hipercomunicación. La peculiaridad del panóptico digital está sobre todo en que sus moradores mismos colaboran de manera activa en su construcción y en su conservación, en cuanto se exhiben ellos mismos en el mercado panóptico. (...) ...cada uno se entrega *voluntariamente* a la mirada panóptica. A sabiendas, *contribuimos* al panóptico digital, en la medida en que nos desnudamos y exponemos. El morador del panóptico digital es víctima y actor a la vez. Ahí está la dialéctica de la libertad, que se hace patente como control.

(*La sociedad de la transparencia*, Byung-Chul Han)

Introducción

Más allá de recorrer la propuesta teórica e investigativa de Guattari, ‘Bifo’ y Sloterdijk, y aún más allá de cualquier intento por posicionar fehacientemente sus argumentos en el campo de estudios de los medios de comunicación y las nuevas tecnologías y su relación con los procesos de subjetivación contemporáneos, lo que presento a continuación es un

ejercicio de lectura parcial y selectivo, que además funciona como experimento con una salida cuasi-serendípica.

Lo que se constata es que, desde rincones investigativos –pero además políticos– relativamente distantes, existe entre estos pensadores una preocupación similar respecto de la relación entre los elementos ya mencionados, así como respecto del diagnóstico y las posibles alternativas que se abren ante aquél. Sus nociones no son las mismas, sus posiciones epistemológicas tampoco y sus afinidades son relativamente pocas. Incluso conociendo que Guattari y ‘Bifo’ se conocieron y sostuvieron una relación de amistad y diálogo larga, es igualmente conocido que sus divergencias más marcadas tenían que ver precisamente con el abordaje político de realidades emergentes como las relacionadas con la tecnología y los medios. Sloterdijk, por su parte, no hace referencia a ninguno de los otros dos, y en el mapa de la filosofía contemporánea ocupa un lugar más bien lejano respecto del del italiano y el francés. Al alemán se le ha tachado de neo-fascista de derecha, mientras que a los otros dos se los identifica con corrientes marxistas de aroma más bien izquierdoso –en todo caso, su posición en el mapa cartesiano de la política no es lo que quisiera tomar como objeto de discusión acá.

Con el fin de hacer un poco más claro este recorrido exploratorio, priorizaré la facilidad expositiva sobre la sofisticación retórica, lo que se traducirá en una exposición sistemática e igualmente segmentada de cada uno de los pensadores que me motivan esta reflexión. Sobre el final del texto, una suerte de amarre o diálogo hará amalgama con otras voces que me resultan igualmente pertinentes y útiles para este primer ejercicio lector.

Félix Guattari: mass-media y subjetivación ecosófica

El pensamiento de Félix Guattari es amplio en muchos sentidos. Por un lado, abarca temas relacionados con el psicoanálisis –al que además cuestiona forzándolo hasta sus límites–, la filosofía, la política y la estética, pero también la urbanística, la arquitectura, el cine y la literatura. Sin embargo, no sólo respecto de la diversidad de áreas temáticas su pensamiento es abarcante; también lo es en términos del tipo de aproximación, del gesto con el que formula sus preguntas y la postura desde la que encara sus propias problematizaciones. Conocido sobre todo por su colaboración con Deleuze en textos como *El antiedipo*, *Mil mesetas* o *¿Qué es la filosofía?*, Guattari es un pensador en todo el sentido del término. Yo diría que hay dos características que lo identifican: es un *visionario* y es un *experimentador*. Sostengo, finalmente, que lo sigue siendo, ya que las problematizaciones que trazó en vida

siguen interpelando nuestro presente en todo sentido, además por tratarse de un corpus en muchos sentidos aún inexplorado.

Recientemente he reflexionado a propósito de la influencia que tuvo en el pensamiento de Deleuze respecto de la idea de Sociedades de Control, conceptualización que hace éste último en un corto texto de 1990 (2005). La preocupación de Guattari a propósito de la tecnología, los medios masivos de comunicación y en general del avance técnico-científico ocupa un lugar notablemente más amplio en sus escritos que en los de su colega. A modo apenas de sobrevuelo, intento a continuación –más allá de debatir esa hipotética ‘co-autoría’ de las Sociedades de Control– rescatar algunos elementos que en Guattari permitirían un acercamiento al tema que nos convoca.

Guattari es un visionario, un visionario porque, incluso hace más de 20 años ya era capaz de hacer una panorámica como la siguiente:

“Los jóvenes que deambulan, con un walkman pegado a las orejas, están habitados por ritornelos producidos lejos, muy lejos de sus tierras natales. (...) Una codificación informática les “asigna en residencia”...

En nuestros días, (...) se trenza esta red de equipamientos materiales e inmateriales. Y esta red entre más se planetarice, más se “digitaliza”, se estandariza, se uniformiza.

Las desigualdades ya no pasan necesariamente entre un centro y su periferia, sino entre las mallas urbanas sobre-equipadas tecnológica e informáticamente...

(...) en un porvenir muy próximo, se podría esperar:

- ...efectuar a domicilio las tareas más diversas teleguiándose...;
- el desarrollo de la videofonía correlativamente con la síntesis de las voces humanas...;
- la generalización de la teledistribución por cable o por teléfono...;
- ...contacto inmediato con personas en continuo desplazamiento en no importa qué lugar del mundo;
- nuevos medios de transporte no polucionantes...;
- novedosos medios de transportar las mercancías: tubos neumáticos, bandas transportadoras programadas...” (Guattari, 1993: 207-219)

Con un lenguaje que puede parecer desbordado y complejo, no hace sino profetizar todo lo que hoy se verifica. Cambiando la figura del *walkman* por un *iPhone* la escena se completaría felizmente. En definitiva, se trata de una descripción hipotética inspirada y atravesada por una sensibilidad muy particular respecto de los movimientos que ensamblan la dinámica social y el avance científico-técnico. En términos teóricos, lo que ve Guattari, y que seguimos verificando, es que “...los paradigmas de la tecno-ciencia ponen el acento sobre un

mundo objetual de relaciones y de funciones manteniendo entre paréntesis los afectos subjetivos, de manera que lo finito, lo delimitado coordinable aparece siempre primero sobre lo infinito de sus referencias virtuales.” (Ibid.: 77) El mundo que habitamos se puede decir como ejercicio de constante tecnohigienización respecto de lo infinito/sensible. La imperante necesidad de transducción de lo humano a la cifra, pero además la reducción de aquello a esto, hace que la vida en tanto tal sea patologizada, criminalizada y satanizada en función de la asepsia tecno-científica y la impermeabilización del vínculo social.

Sin embargo, Guattari no cae en la trampa historicista de establecer una cadena causal que emprenda la búsqueda y enjuiciamiento de un culpable final respecto de esta nueva forma de ‘alienación’. En primera medida, porque no la concibe como tal. Su problematización, en todo caso, tiene que ver con la cuestión de si:

“¿Debemos mantener las producciones semióticas de los mass-media, de la informática, de la telemática, la robótica, etc., por fuera de la subjetividad psicológica? No lo pienso así. De la misma manera que las máquinas sociales que se han podido clasificar bajo la rúbrica general de “equipamentos colectivos”, las máquinas tecnológicas de información y de comunicación operan en el corazón de la subjetividad humana, no sólo al interior de sus memorias, de su inteligencia, sino también de su sensibilidad, de sus afectos, de sus fantasmas inconscientes.” (Ibid.: 59)

Lo que queda claro, más allá del reducto psicológico en su formulación, es que existe una relación íntima entre los procesos de subjetivación contemporáneos y los avances científico-técnicos. Esta relación puede entenderse como una determinación profunda de las tecnologías y medios de comunicación en los procesos de subjetivación: se hace necesario, desde la perspectiva de Guattari, a la que adhiero, decir con todas las letras que somos la máquina, y que no se trata de que el objeto técnico –que incluye los tubos de vacío para la agilización de la mensajería corporativa, pero también la inserción de imágenes mediáticas al aparato cognitivo– sea un elemento ajeno y por tanto peligroso y dañino.

“...un bebé de seis meses colocado frente a la tele estructura su percepción, en esa etapa de su desarrollo, fijando sus ojos sobre la pantalla. (...) eso también hace parte de la producción de subjetividad.

Se sale entonces del simple dominio de las ideologías (...). La subjetividad aquí puesta en cuestión no tiene nada que ver con la temática de los aparatos ideológicos de Althusser, pues ella es por entero producida y, particularmente, sus componentes ponen en juego lo que yo llamo los elementos a-significantes...” (Ibid., 39)

Esta sinergia establecida entre la subjetivación contemporánea, que ‘Bifo’ llamará *mutación cognitiva* o también caracterizará como el surgimiento de la primera *generación post-alfabética*, pone en diálogo e intercambio, en términos de Guattari, elementos a-significantes como los procesos de ritmificación de la vida, de la arquitectura de los afectos, etc., con los procesos tan sólo aparentemente heterogéneos pero profundamente homogenizados y homogenizadores de las señales telemáticas emitidas *genéricamente* por los medios, que hoy día encuentran en las nuevas tecnologías un soporte amable y eficazmente lubricado para su fin.

“La subjetividad se estandariza a través de una comunicación que excluye (...) las composiciones enunciativas trans-semióticas y a-modales. (...) en provecho de un lenguaje rigurosamente sometido a las máquinas escriturales y a sus avatares mass-mediáticos. En sus formas contemporáneas extremas se limita a un intercambio de fichas informáticas calculables en cantidad de bits (dígitos binarios) y reproducibles sobre computadores.” (Ibid.: 81)

La descripción crítica que hace Guattari, veremos, resuena con la perspectiva de Sloterdijk en varios puntos, sobre todo en lo referente a la apertura que implica concebir la relación como una de carácter simbiótico y de ida y vuelta que implica además el hecho de que el objeto técnico y lo humano compartan un mismo estatuto ontológico. Pero esa no será la única resonancia, en la cita precedente, cabe preguntarse si esa transducción de códigos humanos a binario corresponde y hasta qué punto con lo que Deleuze en la *Posdata* (2005) describirá como procesos de devenir-individual.

Como es de esperarse, una lectura que implica un mapeamiento nuevo del territorio, implica una nueva formulación de los obstáculos que presenta, así como de las posibles rutas de sortearlos. Pues bien, en el abordaje guattariano al respecto vuelve a hacerse evidente una resonancia con Sloterdijk, ya que tajantemente dice:

“No pienso que los progresos científicos y tecnológicos deban necesariamente acompañarse de una esquizia oculta en relación con los valores del deseo, de la creación. Pienso lo contrario, que es necesario usar las máquinas, todas las máquinas, concretas y abstractas, para hacer algo más que revolucionar el mundo, para recrearlo de cabo a rabo.” (Ibid.: 38) “...es necesario admitir que la expansión técnico-científica tiene un carácter irreversible. Todo el asunto consiste en operar las revoluciones moleculares y molares susceptibles de modificar radicalmente las finalidades, pues, es necesario repetirlo, esta mutación no va obligatoriamente en el sentido catastrófico ya iniciado. El carácter cada vez más artificial de los procesos de producción subjetiva podrían muy bien estar asociados a las nuevas formas de socialidad y de creación. Es

aquí que se sitúa el curso de las revoluciones moleculares sobre las cuales insisto sin cesar a riesgo de romperle las orejas a mis amigos.” (Ibid.: 40)

En *Normas para el parque humano*, pero además también en el muy extenso debate que a partir de ese texto se desencadena, Sloterdijk presentará una lectura similar en términos, por un lado, de reconocer una suerte de ‘inevitabilidad’ del proceso tecnico-científico pero además, por otro e inmediata y consecuentemente, de la imperiosa necesidad que tal situación implica en términos de establecer ‘acuerdos’ –acá Guattari lo pone en términos de *usos*– respecto del gobierno de los objetivos asociados con esos progresos. Por otro lado, con ‘Bifo’ compartirá ahora más que con Sloterdijk ese énfasis que hace en la acción de tipo molecular, microscópica –que no debe confundirse con una acción puramente individual en términos solipsistas– que el italiano describirá como necesariamente *viral*, sin que esto sea necesaria e inmediatamente una metáfora. Así, “Las evoluciones tecnológicas (...) son quizá susceptibles de hacernos salir del actual período opresivo y hacernos entrar en una era “post-media”, caracterizada por una reapropiación y una re-singularización de la utilización de los media...” (Ibid.: 59-60).

Leído de nuevo desde el diagnóstico de ‘Bifo’, se trata de una estrategia que pareciera corresponderse punto a punto con nuestro presente en términos del ciberactivismo o de los movimientos hackers, etc., pero que de manera mucho más profunda está proponiendo un horizonte no en el que el mecanismo de resistencia consista en el boicot siuno en el ‘virus’, en la creación de potencias en los términos en los que lo plantea el mismo Guattari en otros textos. Una *vertical creadora* que no debería ser confundida con una *oblicua creativa*, funcional a la ética neoliberal de nuestros tiempos. El proyecto de Guattari está aún por realizarse; sin embargo, “No se necesita para ello transmitir mensajes, propagar imágenes como soportes de identificación, o patterns formales como puntal del procedimiento de modelización, sino catalizar operadores existenciales susceptibles de adquirir consistencia y persistencia en el seno del actual caos mass-mediático.” (Ibid.: 69)

Lo que Guattari establece, de fondo, es que los mass-media y las nuevas tecnologías se insertan virulentamente en los procesos de subjetivación de nuestros tiempos, y que es precisamente ésto lo que abre el campo de experimentación y transformación propio de nuestros contextos:

“Las revoluciones informáticas, robóticas, telemáticas, biotecnológicas acarrearán un crecimiento exponencial de todas las formas de producción de bienes materiales e inmateriales.

(...) La expansión de las tecnologías de la información y del mando permitirán considerar de manera diferente las relaciones jerárquicas que actualmente existen (...) Las transmisiones telemáticas deberán permitir modificar este centralismo abusivo.” (Ibid.: 220-222)

Es decir, “...teniendo en cuenta las inmensas transformaciones, particularmente de orden tecnológico, que conoce nuestra época. Lo ideal sería modificar la programación...” (Ibid.: 224), lo que no necesariamente se reduce a hackear el código fuente, sino a generar relaciones diferentes y radicalmente nuevas con nuestras formas de producir el código mismo o, lo que es lo mismo, de relacionarnos con estos objetos.

Peter Sloterdijk: *una teoría de los medios, o decir algo y no más bien nada*

Sloterdijk, uno de los pensadores vivos más importantes de la filosofía política, ha enmarcado su ejercicio filosófico en la corriente nietzscheana en un sentido amplio. En conflicto con su formación filosófica –fundamentalmente referida a la Escuela de Frankfurt–, se abre camino en los inexplorados campos de la experimentación ‘espiritual’ con quien se haría llamar años después Osho. En esa particular mixtura, su profusa obra se propone como una historia de la humanización del homínido que incluso viaja al útero materno para hacer una suerte de literatura filosófica pre-histórica. En esa empresa, es de suponer que se ha hecho de *enemigos* de alto nivel, y que además ha abordado de la manera más particular temas de toda índole. En sus textos podemos leer análisis de historia teológica y de genética, reflexiones que van de la sexualidad al papel del intelectual.

Por supuesto, acá me interesa rescatar lo que el alemán tiene para decir respecto de los medios y de las nuevas tecnologías. Sin embargo, hay toda una línea en su trabajo que ha apuntado en esa dirección incluso abriendo un área que algunos han llamado ‘post-humanismo’. Todo se inauguró con la conferencia titulada *Normas para el parque humano*, una respuesta a la Carta sobre el Humanismo de Hiedegger. Esa conferencia, y la controversia que desató junto con textos como *El hombre operable* y algunas otras entrevistas, constituyen el corpus de esa amplísima problematización de la que participa Sloterdijk añadiendo elementos analíticos que se alimentan del cinismo antiguo y de un particular espíritu nietzscheano, así como de sus propias experiencias y aventuras espirituales e intelectuales. Por eso acá me ceñiré a algunos comentarios que Sloterdijk hace en una entrevista publicada como *Experimentos con uno mismo* (2003) respecto de lo que su interlocutor, Carlos Oliveira, denomina una ‘rara’ teoría de los medios de comunicación.

Con su gesto particular, el panorama ‘cultural’ propuesto es uno en el que:

“Una cultura presentista como la nuestra se alimenta de los temas intemporales que ella misma difunde a través de sus medios de comunicación (...) Piensa en esa necesidad compulsiva de series televisivas. Con ellas se inoculan en los cerebros *stories* intemporales, historias de amor, de violencia, persecuciones, crímenes, historias de pérdidas y reencuentros, desgracias en los ricos y famosos, en aquellos que padecen y se doblan ante las cargas de la existencia... y la buena noticia en todo ello es que aquí no pasa nada en realidad.” (Sloterdijk, 2003: 39-40)

Una suerte de sociedad que voluntariamente consume un placebo inmunizante. Esto es, una inoculación de ficción que al mismo tiempo es la introyección y el distanciamiento máximo de lo que pasa en el mundo, pero bajo la forma de lo irreal, lo imposible y que por lo tanto toma la forma de todo lo imposible: *aquí no pasa nada en realidad*. Una sociedad que reproduce la imagen que necesita para saciar el tedio que es generado por el modo de vida que llevamos. Sin duda un escenario paradójico en el que, como él mismo establecerá, la televisión jugará un papel preponderante –mi propuesta es tomar lo que él dice sobre la televisión como paradigma de diagnóstico general para esta ‘rar’ teoría en ciernes:

“Si la televisión es nuestra mejor amiga, es porque, a fin de cuentas (...) nos deja en paz cuando queremos. Ella no tiene más que programas, pero ningún mensaje, ninguna misión, ningún deber educativo... y esto es algo increíblemente liberador. Esta es la razón por la que nuestros medios liberadores necesariamente tienen que terminar convirtiéndose en aparatos: los aparatos son desinteresados, mientras que, por lo que respecta a los salvadores, esto no puede saberse con tanta exactitud. Podemos suponer que los aparatos están muertos cuando están apagados porque ellos no han vivido jamás. De los hombres (...), uno no puede estar tan seguro (...) La televisión nos anuncia que todo, en el fondo, no es más que imagen. (...) Es como un salvador que aparece en público bostezando: ‘¿Qué pasa? No pasa nada’. (...) Éste de aquí, el televisor, es el primero que nos ha liberado realmente. No vaga por ahí como un espectro, podemos confiar en que está indudablemente muerto, no hay riesgo alguno de resurrección... (...) ¿Qué diferencia hay entre un televisor que está encendido y un televisor que está apagado? ¡Piénsalo bien! Pienso que en realidad no hay ninguna diferencia, sólo un ritmo (...) No hemos necesitado ejercitarnos en el arte de la respiración profunda ni una educación especial para convertirnos en budistas, desde hace tiempo ya todos somos meditadores involuntarios.” (Ibid.: 169-170)

Toda una ‘teoría de los medios’, si se extrapola el caso de la televisión como objeto técnico al hecho de observar con detenimiento en lo que consisten nuestras actuales relaciones con los objetos técnicos en general. Como soporte de la más insoportable saturación, los medios son al mismo tiempo el emisor de un puro ritmo sin contenido que nos hace sentir

liberados de la espesura de la vida. Un puro canal de cacofonías y fonetizaciones que, vía rítmica, nos arrancan de las garras de la saturación real de contenidos de la vida contemporánea y que, al hacerlo, nos la muestra de vuelta como un puro espectro, como una ilusión imaginaria. La fe contemporánea en el objeto técnico radica precisamente en esto: es el agente perfecto que podemos programar para que de manera ‘autónoma’ nos diga la mentira que de decirnos nosotros mismos nos resultaría descabellada y para que la presente como verdad. Pues bien, y si así es la cosa, si somos capaces de aceptar con frialdad el cinismo que esta panorámica presenta ante nosotros, entonces ¿por qué el tema sigue constituyendo un relieve de proporciones tan abultadas? Simplemente se trata, según la lectura a-moral(izante) de Sloterdijk, de una cuestión de orgullo envidioso, pues los medios de comunicación:

“...se han convertido en una cuestión de lucha cultural. (...) hoy el poder mediático se está desplazando paulatinamente de los medios escritos a los audiovisuales. Este proceso horripila a los escritores, y pueden comprenderse cuáles son las razones. Desde hace tres mil años la casta de los escritores ha estado íntimamente asociada a los centros de poder.” (Ibid.: 161)

“Hoy hay que tener claro que en el escaso transcurso de medio siglo, los nuevos medios audiovisuales han transformado radicalmente las relaciones de poder mediáticas en el Estado nacional y más allá de él. Aquí se ha consumado una revolución completamente increíble de la que apenas empezamos a tomar conciencia del todo. Los profesionales de la radio y la televisión en el papel de especialistas nacionales del entretenimiento han dado un golpe de Estado mediático...” (Ibid.: 162)

El gran revuelo que genera el tema de las nuevas tecnologías y los medios de comunicación en ciencias sociales, humanas y políticas se reduciría a la incapacidad primera de reconocer que todo se trata de una ‘pataleta’ de los letrados, que sin duda están perdiendo rango de acción en los ejercicios de poder y por tanto en la configuración de los procesos de subjetivación contemporáneos. Esta incapacidad radica en el hecho de que una de las líneas de fuerza más fuertes en la configuración de lo que concebimos como Occidente es, precisamente, la cultura letrada, por lo que hacemos esa ‘pataleta’ una inmediatamente nuestra. Pero por otro lado, aun si fuésemos capaces de enrostrarnos a nosotros mismos la verdad que esta situación nos ofrece, se nos sigue escapando la importancia que tiene pensar en la discociación, ya marcada por Guattari, entre lo que el alemán llama efectos telepáticos y efectos telemáticos de la hipertecnologización de la comunicación planetaria. Según Sloterdijk, proliferan los segundos sobre los primeros, cuando estos últimos –la dimensión a-

significante en Guattari, referida a la afectividad– son los que tendrían in verdadero potencial en la configuración de la subjetividad en los procesos de comunicación masivos...

Por eso en Sloterdijk encontramos también un llamado de atención respecto de la necesidad de re-pensar la artificialidad de la brecha que el discurso letrado ha abierto entre lo humano y lo técnico, ejercicio que llevaría a reconocer de nuevo, como en Guattari, que lo uno y lo otro comparten un mismo estatuto ontológico. Esta reflexión es la que lleva al alemán a sostener cosas tan polémicas como que “...además os habéis equivocado acerca del sujeto de la revolución: éste no es el proletariado, sino la técnica.” (Ibid.: 75) El diálogo con Heidegger en términos de la ontología de la técnica no lo encararé acá; simplemente me interesa volver a subrayar el vínculo con Guattari en términos de la cercanía –que tal vez ahora podamos llamar *cinismo rizomático*(?)– de sus diagnósticos y proyectos...

Muy lejos de cualquier activismo tecnológico, que no haría sino reproducir alguna o todas de las posiciones recurrentes respecto de este tema –que trazaré brevemente sobre el final de la mano de Sibilia–, Sloterdijk simplemente va a recordarnos a modo de conclusión que habitamos una inmanencia técnica en sentido amplio, que somos la máquina y que eso nos resulta incomprensible porque “...estamos apenas comenzando a entender lo que significan las telepáticas escritas en general en el momento en el que las telepáticas electrónicas ya nos están desbordando por completo.” (Ibid.: 168) Así, si Guattari era un *visionario* en su diagnóstico, y si habitamos lo que para él haría de hecho parte del futuro, con Sloterdijk evidenciamos de manera complementaria que la velocidad de esa transformación sobrepasó por mucho la de la capacidad de comprensión del fenómeno técnico en el campo de las comunicaciones...

‘Bifo’: mediamutación y crisis del *humanismo*

Franco Berardi, mejor conocido como ‘Bifo’, es un personaje que se mueve en los intersticios del pensamiento social contemporáneo y la filosofía política y social. Siempre con hipótesis de lectura que pueden ser identificadas como herederas de un marxismo contemporáneo, con preocupaciones de punta que ponen en diálogo realidades concretas del globo y arsenales conceptuales clásicos y contemporáneos, produce a su vez giros conceptuales que permiten acercarse a las realidades que le interesan desde perspectivas que desde su abirdaje son necesariamente innovadoras.

Aunque entre Sloterdijk, Guattari y ‘Bifo’ no hay citas explícitas, queda claro por sus propuestas que si bien pueden no conocer sus trabajos, comparten de seguro fuentes teóricas. Es el caso de ‘Bifo’ y Guattari, que en el momento de abrir la discusión sobre la realidad

técnico-mediática no dudan en acudir –con mucha razón además– a Simondon. De su mano, ‘Bifo’ presenta el contexto:

“Gilbert Simondon describió la formación de un ser técnico relativamente independiente que aparece al lado del ser vivo. Ese ser técnico está adquiriendo una especie de autonomía operativa frente a la conciencia humana: el sistema inorgánico de las redes técnicas se infiltra en la esfera orgánica del organismo biológico y social y se hace con sus riendas.” (Berardi, 2007: 182)

‘Bifo’ sostendrá, siguiendo a McLuhan, que la electrónica ha sucedido a la tecnología alfabética, y que la comunicación pasa de ser discursiva a configuracional, cosa que hace evidente un ejercicio normativo tácito que a su vez saca a la luz de manera mucho más clara que en el caso del alemán o del francés una posición política claramente reconocible. Trazar de esa manera un tránsito, un deslizamiento, deja ver una suerte de nostalgia que Sloterdijk explicaría como epifenómeno de la ‘pataleta’ de los letrados. Me interesa, sin embargo, ‘Bifo’ porque señala importantes aspectos que escapan a la vista tanto de Guattari como de Sloterdijk; uno de ellos, el asunto del cuerpo: “En la virtualización la presencia del cuerpo del otro se vuelve superflua, cuando no incómoda y mole[s]ta. (...) el otro debe aparecer como información, como virtualidad y, por tanto, debe ser elaborado con rapidez y evacuado en su materialidad.” (Ibid.: 184), cosa que constatamos a diario al mediatizar cada vez nuestras interacciones cotidianas.

Otro elemento significativo que rescata ‘Bifo’ tiene que ver con el de la propiedad económica de esas tecnologías y de lo que eso significa en términos de los ejercicios de poder en el dispositivo contemporáneo: “Las tecnologías de la mente no son propiedad común de todos los seres humanos, sino propiedad privada de unos pocos grupos económicos mundiales (...) capaces de canalizar la atención, el comportamiento, las expectativas, las elecciones de consumo y las elecciones políticas.” (Ibid.: 187) De la mano de una lectura muy similar a la de Debord (2012) respecto de la espectacularización, o a la de Sloterdijk respecto de la prevalencia de la imagen televisiva, ‘Bifo’ describirá la ‘mutación cognitiva’ que ha dado lugar a la primera generación ‘videoelectrónica’, que “ha aprendido más de la máquina televisiva que de su padre y de su madre.” (Ibid.: 189) Sostendrá que uno de los efectos que tiene esta mutación es leído precisamente en las situaciones que la farmacología viene a solventar o ‘curar’, apoyada siempre por el imperante deseo de ‘normalización’ que respalda en bloque el sentimiento social general –aunque éste mismo sea la causa del proceso...–, deseo que se encuentra subsanado farmacológicamente también como respuesta al desfasaje,

que no le es ajeno, que comporta la velocidad de producción y circulación de ‘información’ respecto de la de procesamiento de la misma por parte del soporte biológico, que sufre la presión de no ‘decir’, no ‘comunicar’ sus deseos y padecimientos, porque tales son intraducibles, incompatibles con el código de los flujos de comunicación. Así, la agresión, el estallido, la violencia, son la única vía de ventilación que le queda (Ibid.: 193)

Este complejo contexto social y cultural, ahora hipermedicalizado por hipertecnificado, implica un salto cualitativo en el análisis del italiano, que lo lleva a relacionar este diagnóstico con el mundo político más clásico: “Lo cierto es que las tecnologías de la comunicación han trastocado el contexto antropológico del pensamiento crítico y han suspendido los paradigmas fundamentales del humanismo moderno.” (Ibid.: 181-182) Al identificar la izquierda con estos valores humanistas, el italiano le asigna a esta ala política una posición marginal en el mapa político general actual, ya que lo social, en su lectura, está totalmente permeada por nuevos valores inmediateistas, contrahumanistas –la posibilidad de un post-humanismo en ‘Bifo’ no se ha hecho esperar entre los estudiosos de este pensador– que ponen al aglomerado de izquierda “...ante una alternativa dolorosa: o bien verse definitivamente marginado de la cultura de masas (...), o bien adoptar modos de funcionamiento que contradigan los valores humanistas. (...) entre una opción implícitamente conservadora y en declive y una posición de subordinación a los modelos culturales que se afirman en el infósfera hiperveloz formada por los medios.” (Ibid.: 183)

Como en Sloterdijk y en Guattari, en ‘Bifo’ el panorama se encuentra atravesado y constituido por paradojas. Sin embargo, también como ellos, éste también conoce la forma de encarar este tipo de escenarios. La paradoja no puede resolverse, por lo que hay que minar sus presupuestos, que casi siempre se esconden bajo una alternativa exclusivamente dicotómica como la que identifica el italiano claramente. Pues bien, el presupuesto que le interesa minar a ‘Bifo’ es el que establece un principio de subsunción de lo cultural respecto de lo mediático o, dicho de otro modo, de la vida respecto de la tecnología y los mass-media. En sus palabras, este ejercicio de minado se llama –muy infelizmente, desde mi lectura– *activismo mediático* y consiste en “...redefinir la relación entre vida cotidiana e infósfera (...)” (Ibid.: 182) La similitud con el proyecto guattariano es innegable. El italiano continúa:

“No se trata de mantener con vida al ser humano pretecnológico, sino de traspasar a *Anthropos 2.0* la empatía, la solidaridad, la colaboración no competitiva, la creatividad y, sobre todo, la sensualidad. (...) salvar la capacidad sensible planetaria de la glaciación de los automatismos tecnolingüísticos y de la congestión de los automatismos psicótico-identitarios.” (Ibid.: 184)

Contra todo binarismo, hacer compatible lo sensible y afectivo con los automatismos de nuestros tiempos hipertecnificados. Tal vez pueda tratarse de hacerse consciente del automatismo que constituye lo sensible y afectivo, que ha sido obturado por el proceso de tecnificación constante y ahora exponencialmente creciente. O tal vez, en un sentido opuesto y equivalente, hacer del automatismo técnico un asunto inherentemente sensible y afectivo. Contaminación hasta la indistinción: como un virus. Y esta figura le gustará especialmente a ‘Bifo’ por su accionar particular y diferente respecto de otros esquemas ‘bacterianos’ o ‘microbiológicos’ disponibles. El virus logra confundirse, indistinguirse –cosa que está a mitad de camino entre la diferenciación y la igualación, siempre en un ‘entre’– con y en el ambiente que habita.

Diálogos: amalgamas plurivocales

De manera muy breve, quisiera apenas rescatar algunos puntos que me parecen transversales tras este ejercicio cartográfico declaradamente exploratorio y parcial. Lo primero que me gustaría reponer un esquema somero de lo que considero el mapa generalmente difundido e instalado en este terreno investigativo y de acción política, sea que se declare explícitamente o no. Paula Sibilia (2010) utiliza dos figuras cuasi-mitológicas para graficar los puntos extremos que configuran el campo de tensiones alrededor de esta compleja relación entre subjetivación y nuevas tecnologías y medios de comunicación.

Por un lado, una postura que llama ‘prometéica’, que se relaciona con lo que en otro registro se ha llamado *tecnofilia*; y diametralmente opuesta a esa postura, una que ella llama ‘fáustica’ que en ese registro paralelo se ha llamado *tecnofobia*. Estas parejas no se corresponden punto a punto, pues de hacerlo sería una redundancia la proliferación de nociones sinónimas. Los términos que usa Sibilia se diferencian de los ‘teco-’ en que se tratan de afectividades siempre afirmativas, creencias soportadas cada una en un aparato ‘argumentativo’, ‘científico’, ‘comprobable’ que marca tendencias irrefutables; la paradoja, por supuesto, es que ambas posturas se estructuran de igual modo y sostienen lo diametralmente opuesto respectivamente, ambas bajo enunciados del tipo ‘está comprobado que...’ o ‘es innegable que...’. Los términos de la segunda pareja se han asociado más comunmente a ‘sensaciones’ o proyecciones de orden causal, que respectivamente asignan o niegan la capacidad de agencia humana en función de los objetivos humanistas –sea lo que sea que eso signifique en nuestros tiempos. La perspectiva mitológica, que propone Sibilia, no responde a ‘valores morales’ *per sé*, ni implica, como la otra, una promesa; es decir,

estaríamos ante un deslizamiento de a-moralización respecto del problema, siempre valioso pero en todo caso incompleto, cosa que Sabilia por demás conoce y desarrolla en el libro mencionado.

Lo interesante, con ese fondo, es que las tres perspectivas que acá convoco se proponen, trazando en el territorio paradojas irresolubles lógicamente, superar estas posturas dicotómicas. Y lo hacen, en un primer momento, describiendo la operación del dispositivo antes que trazando una jerarquización moral respecto del pasado o del futuro. En Guattari, hay una descripción incluso de lo porvenir que no cae en la tentación de juzgar el avance tecnocientífico como algo a evitar.

Su cercanía con Sloterdijk en ese sentido radica en que dando cuenta del funcionamiento logran simultáneamente describir ampliamente las consecuencias del funcionamiento mismo de este avance. Sólo luego estas consecuencias se adjetivarán, y lo harán sobre todo en la lectura que cada uno de nosotros hace desde nuestro rincón epistemológico. Por decir lo que dice, Sloterdijk ha sido tachado abiertamente de fascista de extrema derecha, sin embargo, sería muy difícil asignarle a Guattari, que en este caso dice algo muy similar, tal juicio. Por otro lado, aunque en ‘Bifo’ sí es reconocible una postura relativamente fáustica al proponer que lo que está pasando es principalmente causado por la máquina y su presencia, y al desconocer que esa presencia es reclamada y producida por el hombre; sin embargo, no es tecnofóbica como sí lo es la de Fukuyama (2008), que exigirá controles normativos internacionales que respondan a la ‘maldad’ innata de los avances tecnocientíficos, cuando esta maldad no está sino en la paranoia de su pluma.

No se trata de una dialéctica –en la que los opuestos se resuelven disolviéndose en una medianía que es opuesta a sus términos– ni de una conciliación –en la que ambas partes ceden parcialmente para generar una posición que detrás de un aparente ‘gana-gana’ sólo esconde un muy claro ‘pierde-pierde’–, sino de socavar el supuesto que sostiene la existencia de los dos polos como tales. Atacar virulentamente la genética del código, como dirían sin mayor problema los tres pensadores que acá he reunido, develando la contingencia y la arbitrariedad de sus principios y axiomas. Hay que recordar lo que el niño le dice a Neo, en Matrix, cuando visita al Oráculo por primera vez, una perfecta analogía para pensar el quehacer en el contexto de la hipertecnificación y de la saturación de formas que toman la tecnofobia y la tecnofilia como *únicas* opciones: “No intentes doblar la cuchara. Es imposible. Intenta simplemente, en cambio, percibir la realidad... No hay cuchara”.

La sociedad en la que habitamos, en esta línea de análisis, es una sociedad de la transparencia tal y como la describe elocuentemente Han (2013), en la que la pérdida de sentido o la caída de los metarrelatos que anunciaba el inicio de la posmodernidad, nos pone de frente a la crudeza desnuda que deja un aroma de nihilismo al que habría que encarar no apenas reactivamente reivindicando formas de lucha oxidadas y claramente obsoletas, ni tampoco paranóicamente legislando hasta el último acto de la vida, sino más bien trazando cartografías, haciendo las curvas paradójicas que componen el territorio de nuestro presente, recorriendo las velocidades antes de pretender comprenderlas, siendo *poetas*:

“...la sociedad de la transparencia es una *sociedad sin poetas*, sin seducción y metamorfosis. Es el poeta el que produce las ilusiones escénicas, las formas aparentes, los signos rituales y ceremoniales, y contrapone los *artefactos* y *antifactos* a lo hiperreal, a los hechos desnudos.” (Han, 2013: 76)

Bibliografía

- BERARDI ‘Bifo’, Franco. (2007). “Mediamutación. Cultura de los medios y crisis de los valores humanistas”. EN: *Generación post-alfa*. Tinta Limón. Buenos Aires. Pp. 181-193.
- DEBORD, Guy. (2012). *La sociedad del espectáculo*. Pre-Textos. Valencia.
- DELEUZE, Gilles. (2005). “Posdata sobre las sociedades de control”. EN: FERRER, Christian (Comp.). *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*. Terramar. La Plata. Pp. 115-121.
- FUKUYAMA, Francis. (2008). *El fin del hombre. Consecuencias de la revolución biotecnológica*. Zeta. Barcelona.
- GUATTARI, Félix. (1993). “Entrevista con Michel Butel – 1985” (pp. 13-44); “Subjetividades, para lo mejor y para lo peor” (pp. 57-71); “El nuevo paradigma estético” (pp. 75-94); y “Prácticas ecosóficas y restauración de la ciudad subjetiva” (pp. 207-227). EN: *El constructivismo guattariano*. Universidad del Valle. Cali.
- HAN, Byung-Chul. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Herder. Barcelona.
- SIBILIA, Paula. (2010). *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. FCE. Buenos Aires.
- SLOTERDIJK, Peter. (2003). *Experimentos con uno mismo. Una conversación con Carlos Oliveira*. Pre-Textos. Valencia.